



■ Asunción Escribano

(Decana de la Facultad de Comunicación de la Universidad Pontificia de Salamanca)

Una gran ternura. Es lo que me produce “La Virgen de la Escuela”, colocada en su hornacina luminosa, cuando me cruzo con ella cada día al volver de trabajar de la Universidad Pontificia. Una gran ternura, como la que expresaba en su desconocimiento humilde **Dámaso Alonso** en el poema “A la Virgen María”, cuando le escribía: “No, yo no sé quién eres, pero eres una gran ternura”, sin percibir apenas la profunda sabiduría que expresaba desde el amor al nombrar ese no sé qué que todo lo sagrado nos balbucea a través de las cosas a los hombres.

La Virgen de la escuela, obra de **Jacinto Bustos Vassallo** situada en el exterior del ábside de la Iglesia de San Julián y Santa Basilisa, me hace regresar a mi infancia. Hija, sobrina y hermana de maestras, desde siempre me recuerdo entre libros, que han forjado mi carácter y mi destino. Mis tíos salesianos, **Virginia** y **Paco** fueron fanales que iluminaron aquellas tardes inmensamente alegres en el oratorio de los Salesianos los sábados, y en el de las Salesianas los domingos. Reunión, misa y cine. Enseñanza, fe y cultura. Y acogida, convivencia, encuentro, amistad, alegría... y tantas cosas más.

Esa pequeña Virgen representa para mí en su gesto las virtudes que caracterizan la preciosa vocación de maestro. En una mano lleva un libro y con la otra sujeta cariñosa al niño **Jesús**, quien mira atento a su madre, referente afectivo donde siempre comienza la verdadera educación. Cuando recorro cada día el camino de vuelta para casa, y la contemplo iluminada como un faro silente que proyecta su luz sobre los jóvenes que se reúnen a divertirse en los alrededores, pienso con frecuencia en la magnífica labor que el proyecto salesiano lleva ejerciendo desde que su fundador tuviera la inspiración de sacar a los chicos de la calle y ofrecerles un futuro mediante la educación, jóvenes a quienes venció “no con puños, sino con amabilidad”, y cuyas vidas hubieran tenido otro destino de no haberse cruzado con él.

Por otra parte, se trata de una vocación, la Salesiana, a la que profeso una enorme admiración, ya no solo por mi historia familiar (gran parte de mi familia estudió en los colegios salesianos), sino también porque

Una palabra que alumbraba

me une a ella desde hace años un referente común: san **Francisco de Sales**, bajo cuyo amparo san Juan Bosco fundó la orden salesiana y que dio nombre al primer oratorio, y que también es el patrono de los periodistas y de los escritores. Compartimos, por tanto, Salesianos y periodistas esa mirada honda que late en la fe, en la palabra como transformadora de la sociedad, sea esta mediante la educación o a través de los Medios de Comunicación.

Una fe y una palabra que siguen alumbrando hoy, como lo hicieron en los tiempos de san Juan Bosco, la vida de todos esos chicos que estudian en sus colegios. De ellos saldrán, sin duda alguna, intensamente formados y, sobre todo, sensibles a la escucha de ese balbuceo sagrado que habla a los hombres a través de su historia, dotándola, en un mundo, cada vez con menos referentes, de un profundo y luminoso sentido. ■

